

El arte de lo breve

LA carrera literaria de Javier Vela (Madrid, 1981) estaba centrada en la traducción y la poesía, con estupendos poemarios como *La hora del crepúsculo* (Premio Adonais 2004), *Imaginario* (Premio Loewe a la Joven Creación, 2009) o su más reciente *Fábula* (Vandalia, 2017). Con *Pequeñas sediciones* (Menoscuarto, 2017) incursiona con un paso firme y decidido en el terreno de la narrativa.

Las palabras sedición y seducción tienen una raíz etimológica en común, ambas juegan con la idea de alejamiento y desunión que deriva del

prefijo separativo *sed*. Mientras que el apartamiento en el caso de la sedición lo es del poder establecido o de una marcha común, en el de la seducción hay una conducción, una voluntad de guiar al uno por el camino que al otro le conviene. Es oportuno mencionar este parentesco etimológico porque los cuarenta y cinco microrrelatos que conforman este libro operan en esas dos direcciones.

Pequeñas sediciones exhibe el vasto universo literario del autor y nos invita a repensar nuestras lecturas de mitos, arquetipos y obras clásicas para

387

subvertirlos. Los personajes de estas ficciones breves funcionan siempre en contra del modelo esperado. Así desfilan por este libro un juez que reparte justicia no basada en el ordenamiento jurídico ni en la conducta del reo sino en un episodio fisiológico, ¡un estornudo!; magos temerosos de la magia; espías de una comedia de vida doméstica. Baste como ejemplo en este sentido el maravilloso «Máscaras»: «El día menos pensado el antihéroe es seducido por una hermosa heredera, tiene un hijo con ella y se coloca como empleado bancario. Deja de hacer el mal. Muchos años después la mujer muere, su hijo se va de casa, el banco quiebra. El antihéroe siente nuevamente la llamada salvífica del mal».

Se invierten, también *sediciosamente*, el orden del tiempo o ciertos espacios y abundan en estas microficciones, como es lógico, las historias de des/amor. Porque, ¿qué es el amor sino la gran sedición, fausta e infausta, que une el vértigo y el estrago? Nos dice Vela en su microrrelato «Una de dos»: «Llevaban juntos más de media vida y, a pesar de sus mutuos desengaños, sus pequeñas traiciones, sus ataques de celos infundados, sus gritos, sus silencios, sus cáusticos humores matinales y sus bruscas afrentas, seguían amándose como perfectos extraños». El amor será sedicioso o no será.

Pero estas sediciones son pequeñas, nos anuncia su autor, y breves. Vivimos en un mundo lleno de prisas. Prisas para comer, para ver la televisión, para viajar de un lado a otro. ¿Afecta este ritmo frenético también a la literatura? ¿Los habitantes de este siglo necesitamos de un género que

propicie la lectura rápida, que pueda consumirse con facilidad en un trayecto de metro? Si miramos a nuestro alrededor, la cantidad de publicaciones y estudios críticos que se centran en la microficción nos llevaría a pensar que sí. Presentado así, el microrrelato parece un género nacido de y para un tiempo de prisas y percepciones fragmentadas, un *fast food* literario. Pero no es cierto. Hay precursores del microrrelato muy antiguos, desde los epigramas griegos hasta el poema narrativo en prosa, cuya escritura se practicó en la lejana Persia, y con el que revolucionó el mundo de las letras occidentales Baudelaire. Javier Vela bebe de la tradición antigua y encuentra inspiración en la moderna en autores como Borges, Cortázar, Arreola, Denevi, Monterroso, Shua, Valenzuela, Kafka o Calvino y, lo que es más importante aún, la renueva sacando buen partido para el imaginario de *Pequeñas sediciones*.

Hay una falsa percepción acerca de este género. Se lo tacha de un género fácil y veloz. Quiero desmentir aquí ambas creencias. Desde el punto de vista de la escritura, el género requiere una larga paciencia de jíbaro y una gran sabiduría a la hora de escamotear información. El relato breve debe ser concebido como una elipsis de su propio desarrollo, como una reducción de sí mismo. Vela, poeta consumado, hace gala de esa concisión. Leamos su bellísimo «Habla el fabulador»: «La suspicacia es mutua: tampoco Dios cree en mí».

El género no permite el desarrollo de la psicología profunda de los personajes que aparecen raramente

388

descritos; los personajes de los microrrelatos suelen ser seres anónimos o personajes tipo. En *Pequeñas sediciones* nos topamos con «el conferenciante», «la prostituta», «la estatua», «el equilibrista», «el mago». Esta simplificación forzosa que exige el género acarrea un curioso efecto: los personajes de este libro, desprovistos de identidad e individualidad, intensifican la visión posmoderna del hombre como ser alienado, fragmentado, que aparecen en los cuentos breves y extensos de Kafka y de otros autores del expresionismo y las vanguardias del siglo xx. También los espacios se construyen de forma esencial, haciendo gala de una escasez o ausencia total de referencias a lugares concretos. Los micros de *Pequeñas sediciones* devienen así ubicuos o universales.

En cuanto al tono de las sediciones que aquí se narran, nos advierte el

autor desde el epígrafe de George Santayana, gravitan en torno a lo lírico, lo trágico y lo cómico. No quiero terminar esta reseña sin referirme a las magníficas instantáneas de humor que componen este libro. A veces absurdas y lúdicas, como las greguerías de Ramón Gómez de la Serna; otras, irónicas y sarcásticas, a la manera de Max Aub en sus *Crímenes ejemplares*. Las destaco porque a través del humor Javier Vela socava el racionalismo trivial y mecanizado de nuestra época. El humor, decía Freud, no resigna, desafía. Leer estas *Pequeñas sediciones* nos hace partícipes de la revuelta pergeñada por su autor: no se me ocurre algo más pacíficamente sedicioso.

—VALERIA CORREA FIZ.

Javier Vela, *Pequeñas sediciones*, Palencia, Menoscuarto, 2017.